

# SOMISA: a diez años de la privatización

*Juan Pablo Hudson\**

**Este artículo está formulado sobre la base de un extenso trabajo de investigación efectuado para estudiar las repercusiones de la privatización de Somisa en la vida de las familias del barrio de igual nombre, en la ciudad de San Nicolás. Para cumplir con dicho objetivo fueron efectuadas extensas entrevistas en profundidad con determinadas familias de esa comunidad entre los meses de julio y septiembre del año 2001.**

**El trabajo se presenta a través de tres ejes: 1- El contexto general de privatizaciones. 2- Creación de Somisa, desarrollo y su venta al grupo Techint. 3- Las repercusiones en los habitantes del barrio Somisa.**

---

\* Lic. en Comunicación social. Universidad Nacional de Rosario  
juanpablohudson@hotmail

## Introducción

A tan sólo dos kilómetros de la planta General Manuel Savio, prácticamente frente a la acería, separado por el arroyo Ramallo, se encuentra el imponente barrio SOMISA. Este barrio fue a lo largo de la historia de la ciudad un representante genuino del sólido poder de una clase media en constante crecimiento económico-social. Apenas se ingresa por su Avenida Central, se pueden observar a ambos lados (Este-Oeste, así se denominan las calles) los vistosos chalets de techos de tejas (más de 1000 casas) que lo pueblan, con sus amplios frentes y jardines. Una característica del lugar es la cantidad de espacios verdes que existen, con una maravillosa costanera que bordea su margen izquierdo, atiborrada de variados árboles y plantas y pájaros.

Desde su creación, el barrio Somisa presentó algunas particularidades que lo diferenciaron del resto de la ciudad de San Nicolás. Una de ellas es que fue poblado por familias provenientes de distintos puntos geográficos del país, e incluso, en los inicios de la empresa llegaron profesionales extranjeros. La mayor parte de los trabajadores arribaron desde las provincias de Santa Fe, Buenos Aires y Córdoba.

Otra de las especificidades más importantes que presentaba el barrio, antes de ser vendida la em-

presa, fue que sus integrantes eran aquellos trabajadores que conformaban los sectores jerárquicos. Vale aclarar, que cuando se habla de puestos jerárquicos se destaca el hecho de que no vivían prácticamente los obreros de la fábrica. Recordemos que la empresa estatal dependía de Fabricaciones Militares, el barrio estaba dividido en 4 sub-barrios (distribuidos de manera secuencial), determinada cada uno de éstos por la categoría jerárquica de los trabajadores.

El modelo que posibilitó la existencia de SOMISA fue el modo de organización fordista del trabajo, complementado con el denominado "Estado de Bienestar", que podemos situar a partir de los años de la posguerra. De hecho, el proyecto de la Sociedad Mixta Siderurgia Argentina fue lanzado en el primer Plan Quinquenal del gobierno de Juan D. Perón. Las características fundamentales de este modelo son la garantización de una amplia cobertura de beneficios sociales para el conjunto de la población, incluyendo una legislación social referente a salario mínimo, pleno empleo, y la implementación de políticas sociales, entre otras.

La sociedad salarial produjo una mayor jerarquización de la sociedad, siendo la escala social con su creciente número de niveles el punto de referencia al cual los asalariados vinculaban las identidades. Dicho en otras palabras, la

sociedad salarial consideraba el empleo de tiempo completo y duración indeterminada como el vector privilegiado de la inserción social y de la ciudadanía, y como el mecanismo principal de distribución de los ingresos.

Este modo de organización del trabajo “fordista”, o mejor dicho, el fordismo, fue perfilando, tal como lo afirma Ruth Sosa, “una subjetividad operaria y asalariada predominantemente masculina y sindicalizada”<sup>1</sup>. Es decir, se fue construyendo una subjetividad basada sobre la seguridad del trabajo, en el respaldo de las coberturas y leyes sociales. Una identidad donde los postulados del “estado benefactor” aparecían como causa externa o heterónoma que determinaba el ser.

En el caso de los trabajadores que desarrollaron su vida en el barrio Somisa, la particularidad de esta situación es que la dimensión de ese estado de bienestar, a través de la fábrica, en tanto respaldo y protección de la vida de las personas, era ampliamente mayor a otras poblaciones o grupos sociales de la ciudad, e incluso del país. Llegados a este momento, es necesario incorporar la noción de “super-estado de bienestar”, cristalizado en una serie de coberturas y respaldos especiales y distintivos, asegurados por la fábrica a sus habitantes.

Este super-estado se cristalizó en la gratuidad de las viviendas, con excepción de numerosas familias que en el año 1975 compraron sus casas con grandes comodidades crediticias; el no pago de determinados impuestos y de los servicios (incluso en el caso del teléfono se pagaba un mínimo proporcional); la posibilidad del mantenimiento de los hogares por parte del personal de la fábrica; créditos en un importante supermercado del barrio. Un comentario que circulaba en la ciudad de San Nicolás, describe con exactitud los alcances de la intervención de la fábrica en la vida del barrio: “hasta que creciera el pasto dependía de la fábrica”.

Cuando en 1991 se inició el proceso que desembocaría en la privatización de Somisa, se produciría el fin de la continuidad laboral de una porción inmensa de trabajadores de la ciudad de San Nicolás, y por supuesto del barrio Somisa. Este cambio estructural derivó en la ruptura drástica de esta determinada modalidad de vida y de desarrollo que sus habitantes habían constraído bajo la tutela del estado.

Por tanto, será el objetivo de este artículo el análisis macro y, en especial, micropolítico de aquel proceso que modificó la existencia de miles de personas en la ciudad de San Nicolás.

<sup>1</sup> Sosa, Ruth, “Para una resignificación de los espacios de resistencia. Desestructuración del mundo del trabajo y el malestar en los umbrales del siglo XXI”. En Revista “Sudestada”, N°4. Otoño-Invierno, 2000.

## **Vender lo que haya: privatizaciones en la Argentina**

Para poder comprender el proceso de privatizaciones de activos públicos en la Argentina, debemos remontarnos al inicio de la primera gestión del presidente Carlos Menem, cuando fueron sancionadas las leyes de Reforma del Estado (Nº 23.696 del 18 de agosto de 1989) y de Emergencia Económica (Nº 23.697 del 1º de septiembre de 1989). Estas son las dos leyes fundamentales que fijaron el rumbo del desguace del Estado argentino a finales de la década de los '80.

Mediante la ley de Reforma del Estado se buscó eliminar los heterogéneos subsidios, reintegros impositivos y diferentes transferencias implementadas por el sector público. Por su parte, a través de la ley de Emergencia Económica, que otorgó amplísimos márgenes de libertad al Poder Ejecutivo para determinar las áreas a privatizar y también los límites temporales para el traspaso al sector privado de los activos públicos, se dispuso la intervención de las empresas estatales, con el objetivo de fijar los cronogramas y fechas para su venta. Un criterio esencial que estableció esta ley fue la posibilidad de conversión de bonos de la deuda externa a la hora de las negociaciones.

Este último punto resulta fundamental, dado que nos conduce di-

rectamente hacia los sectores que impulsaron y promovieron, a base de fuertes presiones y *lobbies*, el desprendimiento por parte del Estado argentino de sus principales patrimonios: el bloque dominante, dividido entre el capital concentrado interno y los acreedores externos. A lo largo del tiempo la relación entre estos sectores integrantes del bloque dominante de poder, se caracterizó por serias dificultades y contradicciones, más allá de mantener puntos históricos de coincidencia. Sin embargo, a través de las apetecibles oportunidades económicas que se abren a partir de la sanción de estas dos leyes, se inicia un proceso de integración creciente, conformándose aquello que el economista Eduardo Basualdo denominó "comunidad de negocios". Si algo caracteriza a los sectores dominantes, base de su trágico éxito en nuestras sociedades, es la facilidad para fijar determinados acuerdos básicos que permiten grandes negociados y capacidad de influencia sobre el poder político y, en consecuencia, sobre el rumbo económico de cada país. Así fue el caso de los sectores dominantes en la Argentina a inicios de la década de los '90.

El tipo de programa privatizador que se produjo en la Argentina derivó en una gran concentración y centralización del capital. Para decir lo mismo, un grupo reducido de conglomerados empresarios quedó al mando de estratégicos mercados económicos, erigiéndose

mono u oligopolios en estos mercados estratégicos, como es el caso (por nombrar algunos) del mercado energético (Pérez Companc, Soldati y Techint), el mercado del gas, petróleo, las telecomunicaciones, y, en el caso que nos convoca, en el sector siderúrgico, dividiéndose las aguas entre el grupo Techint y Acindar. Es necesario aclarar, que para la conformación de este último duopolio, se tuvo que burlar una cláusula impuesta en los pliegos de la privatización que determinaba la imposibilidad de participación de dos firmas siderúrgicas locales en un mismo consorcio. Como consecuencia de esta maniobra espuria, Techint consiguió el monopolio en la elaboración de productos planos y tubos de acero sin costura, y Acindar en la elaboración de no planos.

### **Plan Siderúrgico Argentino y Conformación de SO.MI.SA.**

Para rastrear el inicio de lo que podríamos denominar la historia del acero en nuestro país, debemos remontarnos más de 50 años atrás, específicamente al 3 de noviembre de 1944. Ese día, se producía en la Dirección General de Fabricaciones Militares el acto de apertura de la licitación pública para la “Constitución de una Sociedad Mixta entre el Estado Nacional Argentino y el Capital Privado, destinada a encarar las actividades que comprenden la Segun-

da Unidad Siderúrgica”. De esa manera el general Savio, propulsor de la iniciativa, designó lo que después pasaría a conformar la Sociedad Mixta Siderurgia Argentina. Se trató de la Segunda Unidad Siderúrgica, dado que la primera correspondía a Altos Hornos Zapla, en la provincia de Jujuy.

Los objetivos de esta planta integrada serían la producción de arrabio, acero; laminados no planos: palanquilla, rieles y perfiles; y laminados planos: chapa en caliente, chapa en frío y hojalata, intentando complementar la actividad del sector público con la del privado. Su producción debía facilitar y garantizar el desarrollo de los laminadores privados y, también, inducir la aparición y maduración de nuevas firmas privadas elaboradoras de productos finales.

Ahora bien, asentados sobre estos objetivos básicos diseñados por Savio, los grupos económicos privados de nuestro país y del exterior, en connivencia con los gobiernos de turno, utilizaron sin límites el desarrollo del estado, su patrimonio, para aumentar sus capacidades y riquezas a niveles que por vía propia hubiesen sido imposibles de alcanzar.

Existen dos casos paradigmáticos de empresas privadas que recibieron a lo largo de su historia la mano santificadora del estado, de estrecha vinculación con Somisa, en tanto representante de éste: Acindar, de Arturo Acevedo, y Si-

derca y Propulsora, de la familia Rocca.

Estas empresas privadas compraban a SOMISA la palanquilla (materia prima del acero) a precios subsidiados, por momentos inferiores a sus costos variables. Sin embargo, los “apoyos” estatales a estos sectores privados todavía serían mayores. A través de diferentes regímenes de promoción industrial, que incluían descuentos en la provisión de gas y energía, tanto Acindar como Siderca con el tiempo lograron adquirir la infraestructura necesaria para comenzar a producir la palanquilla y transformarse, en consecuencia, en competidoras de Somisa, y ya no en complementarias. A partir de estas mismas condiciones escandalosamente desiguales se produjo la relación entre Somisa y Propulsora. En este caso con la venta de la chapa en caliente a precios preferenciales, mediante de un contrato original de 3 años que se extendió “tan sólo” por otros 17 años. Es decir, Somisa subsidió a Propulsora en la venta de chapa en caliente durante 20 años.

### **Somisa de Siderar**

A continuación podremos observar la importancia de Somisa en términos económicos, aspecto fundamental para comprender la ansiedad que despertaba a la ho-

ra de las privatizaciones, según datos de finales de los años ‘80 y principios de los ‘90:

1. en el bienio previo a su privatización, la empresa se ubicó entre las 30 empresas de mayor monto de facturación anual del país;
2. era la primera empresa en cuanto a su aporte a las exportaciones agregadas de productos siderúrgicos (aproximadamente un 35% del total);
3. explicaba cerca del 60% de la capacidad de reducción de acero (la misma proporción en materia de producción) y más del 50% de la capacidad y la producción de acería (ambas actividades se ubican en las primeras etapas del procesamiento siderúrgico); en la siguiente fase productiva (fabricación de bienes finales), tenía una presencia decisiva en la manufactura de distintos laminados no planos y, en especial, planos en frío y en caliente y monopolio en hojalata<sup>2</sup>.

Sin dudas, el cambio en la realidad económica de la empresa a inicios de la década de los ‘90 deberá ser vinculada con las administraciones políticas que tuvo la empresa en los años previos a la privatización, en especial en los últimos dos.

En este sentido, el mes de abril de 1990 representa un momento

<sup>2</sup> Información aportada por el Área de Economía y Tecnología de la FLACSO, Sede Argentina.

histórico para Somisa, así como lo fue la llegada del menemismo al poder para todo el país. En realidad, podemos decir que la llegada de Carlos Cattáneo, de la mano de la UOM, a la presidencia de la fábrica es el arribo del menemismo al gigante fabril. Dicho en otras palabras: comenzaba su desguace definitivo.

Hasta ese momento, según datos aportados por Horacio Verbitsky en el diario *Página/12* del 20 de octubre de 1991, Somisa llevaba 15 años sin recibir aportes del Tesoro, tenía sus cargas sociales al día (en 1987 ingresó 80 millones de dólares al fisco. *Datos aportados por diario Clarín, 15 de marzo de 1989*), liquidaba IVA sin atraso, poseía 5 millones de dólares en efectivo en la obra social, 56 millones de dólares en el Banco Nación, 90 millones de dólares en Bonex '89, entre 70 y 80 millones de dólares en Bocrex y 370.000 toneladas de existencias.

Durante el año de gestión de Cattáneo estos números positivos sufrieron un increíble giro, similar al efectuado por las promesas electorales de Menem una vez en el gobierno: alrededor de 330 millones de dólares de pérdida. Si bien la situación del mercado internacional fue muy crítica, con la caída de los precios en forma desenfrenada, se puede establecer que la corrupción, los negociados políticos-gremiales y las subvenciones a empresas privadas fueron los verdaderos responsables

del vaciamiento y la crisis económica de Somisa.

### **Crónica de un regalo anunciado**

Hacia mayo de 1991, la situación económica de Somisa era insostenible. Al profundo déficit que venía produciendo la gestión de Juan Carlos Cattáneo, se sumaba la negativa del Banco Nación para conceder un crédito por 50 millones de dólares. Como consecuencia de esta severa realidad financiera y ante la necesidad de poner a la fábrica en "orden" para una posible venta, el presidente Carlos Menem decidió remover a Cattáneo de su puesto de presidente, y nombrar en su reemplazo al primer interventor de Somisa: Jorge Triaca.

Pasaron 4 meses desde la asunción de Triaca, cuando éste decidió aplicar su "cirugía mayor": 4500 despidos, es decir, 4500 planes de retiros voluntarios. Al mismo tiempo, anunciaba el apagado del Alto Horno N°1 "María Lilliana", que implicaba el cese de actividades para otros 3100 trabajadores.

El brutal despido de trabajadores derivó en grandes y masivas movilizaciones populares, con toma de playones. Sin embargo, complicidad sindical de por medio, las medidas del interventor, impuestas por el gobierno nacional, no tuvieron retorno. San Nicolás ya no sería la misma.

El saldo de la intervención de Jorge Triaca, plagada de manejos oscuros y corruptos, arroja la demoledora cifra de más de 6000 trabajadores que por diferentes vías, la mayoría a través del sistema de retiros voluntarios, fueron despedidos de Somisa. Al igual que un millón de dólares de pérdida por día. El trabajo sucio estaba cumplido. La distancia de la venta representaban un corto trecho.

Hacia fines de diciembre de 1991, el juez federal Martín Irurzun dictaba el procesamiento del interventor Triaca, y el de su colaborador en la intervención, contador Miguel Barberá, por el delito de “administración fraudulenta agravada” y “abuso de autoridad reiterada”, por la compra dolosa de la nueva sede de la compañía.

Se trató del último negociado del interventor al frente de la acería Somisa, un mes después, en enero de 1992, Triacca era eyectado de su cargo, en su reemplazo asumiría la Ing. María Julia Alsogaray. El objetivo estaba claro: la rápida formulación de los pliegos para la privatización de Somisa y su tasación.

El período de la interventora de Entel, gracias al guiño cómplice de los sectores sindicales, no sufrió grandes sobresaltos. Como decíamos, el trabajo sucio ya había sido efectuado, ahora tan sólo restaba fijar los pliegos y tasar a Somisa. Respecto a este último punto, a continuación describiremos lo que sin dudas podemos

denominar la *crónica de un regalo anunciado*: en 1991, Jorge Triaca sostuvo que la venta representaría unos 1000 millones de dólares; posteriormente, la consultora Braxton, contratada para efectuar un diagnóstico general de la fábrica, bajó los decibeles del interventor, “proponiendo” un precio de entre 500 y 700 millones de dólares; con la llegada de Alsogaray se disminuyó la propuesta a unos 450 millones; hasta llegar al ministro de Defensa Erman González que redujo la tasación hasta 300 millones. Sin embargo, como es costumbre, para el capital privado las reducciones y las concesiones pocas veces tienen límites. En septiembre de 1992 la interventora de Somisa, la misma que en febrero habló de 450 millones de dólares, ahora tasaba a la fábrica en 260 millones. Sin embargo, no es momento para relajarse, ni siquiera para terminar de fastidiarse, todavía faltaba más.

El Banco Nacional de Desarrollo efectuó su propia tasación en 180 millones de dólares. No obstante, Javier Tizado, influyente miembro del grupo Techint, fue terminante: “No más de 150 millones”. Siempre dispuesto a los reclamos de los grandes grupos económicos, el presidente Carlos Saúl Menem firmaba el decreto por el cual se fijaba un precio base de 140 millones. Ya no había ni un mínimo escollo para el *holding* de la familia Rocca.

Un minuto ante de las diez de la



mañana del miércoles 28 de octubre de 1992, Agostino y Paolo Rocca depositaban la oferta.

Un día más tarde se conocía el monto de la **única oferta** por la compra de Somisa. El grupo Techint adquiriría Somisa por un monto de 152,5 millones de dólares. 100 se abonarían en efectivo, conseguidos al día siguiente en 5 bancos, entre ellos el Río y el de Tokio, mediante créditos de 20 millones a pagar en veinte años; 12,5 en títulos de la deuda a valor nominal y 40 documentados a tres y 6 meses. Ahora bien, había en ese momento un detalle fundamental: existía en la planta, que hacía un año que producía pero que no vendía su producción, un *stock* que se calculaba en 130 millones de dólares, y que incluso podría ascender al doble de ese valor<sup>3</sup>.

Con Somisa, Techint consiguió el negocio del siglo, comprando una fábrica entera y un *stock* de hacía un año sin desembolsar ni un peso al contado. El monopolio privado del acero con protección del estado estaba concretado. Somisa era de Siderar.

### Somisa en su Jardín de Gente

La venta de la fábrica Somisa al grupo Techint significó el despido de más de 6000 personas en la ciudad de San Nicolás. Este pro-

ceso de privatización que se inicia en el año 1991, implicó para los habitantes de la ciudad de San Nicolás y, específicamente, para los habitantes del barrio Somisa un verdadero y general proceso de desterritorialización de sus vidas. Esta desterritorialización se produce como consecuencia de las profundas transformaciones experimentadas por el capitalismo mundial, que podemos identificar a través del pasaje de una sociedad disciplinaria a una sociedad de control.

Este movimiento de desterritorialización es propio de un Capitalismo Mundial Integrado<sup>4</sup> (a partir de ahora **C.M.I.**) que ha llegado al fin de su expansión geopolítica, dado que su extensión llegó hasta las zonas más recónditas de la vida social, y, en consecuencia, busca por todos los medios concentrar sus acciones en una expansión molecular en los espacios más capilares de la vida social. Esto equivale a decir que se trata de un intento de reinvencción continua sobre los mismos espacios ya conquistados, buscando ampliar y sistematizar sus métodos de control y sujeción a todos los ámbitos de la vida cotidiana de las poblaciones. Para lograr estos objetivos, el **C.M.I.** produce, **continuamente**, dos movimientos necesarios: un proceso de *desterritorialización* de los espacios, tanto en lo económico, cultural, político y so-

<sup>3</sup> Verbitsky., Horacio "El Puño de Acero". *Página/12*. Domingo 1 de noviembre de 1992.

<sup>4</sup> Guattari, Félix . *Cartografía del deseo*. Ed. Biblioteca de los Confines, 1995.

cial, donde se ocupa de borrar las particularidades de cada zona del mundo; y un segundo movimiento de *reterritorialización*, donde, a través de sus diferentes dispositivos de poder, ubicados en multicentraje, imprime sus axiomas propias, todas ellas bañadas por la lógica de mercado.

Para el caso de la comunidad de Somisa, y también en numerosas poblaciones de nuestro país, la privatización significó el desmoronamiento de todos los espacios colectivos que otorgaban significación y que eran sinónimos de construcción identitaria para los sujetos. En consecuencia, se produjo una reestructuración o directamente la eliminación para muchas personas del empleo y sus ritmos como organizador natural del tiempo, los espacios del tiempo libre, el club, los pequeños comercios, familias que debieron emigrar<sup>5</sup>. A este proceso de desterritorialización debemos complementarlo con una feroz reterritorialización de la vida cotidiana bajo las crueles reglas del mercado.

Esta crisis de la sociedad disciplinaria tiene como correlato la crisis de los Estados-Nación, es decir, la caída de todo límite para la circulación libre del capital, donde el sujeto, tal como lo analiza el historiador Ignacio Lewkowicz, deja de ser el ciudadano, el sujeto de la representación, de la ley, para pasar a ser un consumidor,

en tanto su ser estará determinado por su consumo.

### “Soy Somisa”

Ahora sí, introducidas brevemente estas modificaciones del sistema capitalista, retomamos algunas características centrales del barrio Somisa y su relación con la fábrica, descritas en la introducción de este artículo, donde encontramos la noción de “*superestado de bienestar social*”, en tanto el nivel de inserción de Somisa, como representante del estado, en la vida de sus habitantes, era superlativamente mayor que en el resto de la ciudad.

A los sólidos respaldos y coberturas que facilitaba la fábrica, debemos sumarle los notorios beneficios sociales (en términos de estatus) que encontraba cada trabajador del barrio Somisa, al igual que su familia en su desarrollo cotidiano. Para poder tomar dimensión de esta situación, incorporamos una serie de testimonios, extraídos de las entrevistas efectuadas:

“Éramos seres privilegiados, el hecho de decir ‘yo trabajo en Somisa’ tenías acceso a todo, a todo. Por ejemplo, de palabra podías obtener una cuenta en cualquier negocio, en cualquier *boutique*. ‘Yo trabajo en Somisa’, claro no importaba mi edad, sino el recibo de sueldo, el hecho de trabajar en Somisa te abría puertas.” (Cristina, esposa de Hora-

<sup>5</sup> Vega, Daniel. “Capturas, transformaciones e incertidumbres”. En *Travesías Institucionales*. Lugar Editorial, 2000.

cio, ex jefe de división de Somisa, despedidos en 1995)

“(…) el hecho de decir que vos vivías acá cuando dabas la dirección, ya era un crédito a sola firma. No, no averiguaban más, teníamos chapas que éramos buenos pagadores, que había solvencia en el barrio.” (Conrado, analista de sistemas, despedido en 1991)

Estas situaciones nos remiten a la noción de identidad, en tanto, en este caso, podemos comprobar de qué manera la fábrica (en tanto representante del estado) se erige como aquella causa heterónoma o externa que determinaba el ser. Incluso, a partir de los testimonios, generalizados en el barrio Somisa al respecto, podemos incorporar la noción de *ser somisa*, dado que el rasgo que se privilegiaba a la hora del intercambio social era el trabajo en la fábrica. Esta situación no se limitaba al trabajador, sino que también se extendía al resto de la familia. De hecho, en aquellos años estatales tenía mayor relevancia el número de legajo que el documento nacional de identidad. Esto se sustentaba, como pudimos comprobar, sobre que esa identidad que brindaba la fábrica era sinónimo de grandes privilegios y sólidos respaldos para la vida de las personas, a partir de un estatus reconocido en nivel nacional.

Para continuar desmenuzando los principales elementos en la producción subjetiva de los habitantes del barrio Somisa en el período estatal, es necesario remar-

car que con la única excepción de ciertos rumores privatistas que se produjeron en 1986, de la mano del entonces ministro de Obras Públicas Rodolfo Terragno, el resto de la estadía de las familias en el barrio se caracterizó por una indiscutible seguridad del trabajo.

Finalmente, de las impresiones de los entrevistados surge una intensa carga afectiva que unía a los trabajadores con la fábrica.

Sin embargo, las modificaciones impuestas por el capitalismo implicaron, como analizamos con anterioridad, la puesta “en crisis” de aquellas instituciones que habían modelado la subjetividad a lo largo de los años. Tal como lo podemos comprobar a partir de los testimonios, en la sociedad disciplinaria el sujeto era modelado en diferentes espacios localizados, como la fábrica, la cárcel, la familia, el psiquiátrico, etc. El pasaje a la sociedad de control, lejos de implicar una caída de esta disciplina, implica una generalización del disciplinamiento a lo largo del campo social. Ya los límites impuestos por el alambrado de la fábrica se hicieron más lábiles, ante la aparición de aparatos de control mucho más flexibles y dúctiles. La consecuencia fundamental de este pasaje, siguiendo a Antonio Negri y Michael Hardt en su libro *Imperio*, es el *autodisciplinamiento* de los sujetos. Dado que ante la desaparición de los límites espaciales que caracterizaron a las disciplinas, el sujeto se sumerge en una

constante y continua modelización de su vida.

A diferencia de la sociedad disciplinaria donde el individuo encontraba diferentes identidades, de acuerdo con el ámbito y el momento de su vida que lo atravesaba (hijo, papá, trabajador, enfermo, etc), en la sociedad de control “ese individuo es obrero fuera de la fábrica, estudiante fuera de la escuela, preso fuera de la prisión, enfermo mental fuera del instituto psiquiátrico: todo al mismo tiempo”<sup>6</sup>.

Estos cambios sociohistóricos se verifican en el caso de aquellas personas que a partir de la indemnización recibida ante la salida de Somisa, decidieron emprender negocios independientes o asociados con otras personas en su misma situación. Desde 1991 surgieron tanto en el barrio como en el resto de la ciudad gran cantidad de comercios y pequeñas empresas o emprendimientos. En estos casos, la reestructuración de los ritmos y las obligaciones laborales fue salvaje, quedando muy lejos aquellos años en los cuales se sabía con exactitud a qué hora se iniciaba la jornada laboral y, por sobre todo, a qué hora finalizaba. Desde la salida de la fábrica, las responsabilidades laborales, tanto en lo que respecta a la dedicación en la oficina o pequeña fábrica o panadería, como en nivel de preocupaciones, tensiones y de

continuidad del trabajo en el hogar, no tendrán fin, se desarrollarán en un *continuum* incesante. De hecho, una de las principales consecuencias experimentadas por las personas después de la privatización de Somisa fue el insomnio. Para decirlo en otras palabras, ya el sujeto no podrá desentenderse en ningún momento del día de sus obligaciones laborales. “*Me levantaba a las 6 de la mañana, me acostaba a la 1 de la mañana. Por ahí cuando venían los cheques de vuelta no dormía. Me dolía el estómago*”. Este tipo de testimonios que describen las nuevas modalidades de vida, se multiplican a través de las voces de los habitantes del barrio Somisa, con sus negativas consecuencias corporales.

Otra consecuencia compleja que surgió ante la pérdida de ese característico “*soy-somisa*”, se comprueba en aquellas personas para las cuales la salida de Somisa significó una verdadera y estrepitosa caída de su razón de ser, manifestada esta última situación en la constante alusión del despido en términos de duelo. Este tipo de consecuencias fueron experimentadas mayoritariamente por aquellos trabajadores que tuvieron una larga trayectoria laboral en la fábrica, junto con una intensa carga afectiva con la misma.

(sobre la relación de Omar con el Alto Horno y Somisa)

<sup>6</sup> Negri, Antonio - Hardt, Michael. *Imperio*. Cap. XV, pág. 293. Ed. Paidós Compacta, 2002.

**Omar:** sí, seguro. El cordón umbilical que se cortó con el Alto Horno (Interrompe Pablo, su hijo mayor)

**Pablo:** yo recuerdo palabras textuales tuyas: “no puedo ver el Alto Horno”.

**Érica (hija):** no, sí, sí, él se quería ir del barrio (Somisa).

**Pablo:** se fue del barrio de la fobia que le tenía a la fábrica.

**Érica:** sí, totalmente.

**Omar:** no puedo mirar. No, no, yo venía...yo ya venía de San Nicolás para acá (Barrio Somisa) y ya veía: hay vapor, el Horno está parado, qué pasará y ta, ta, ta, y así permanentemente. Era...estaba muy...estábamos muy mimetizados. (Interrompe Mirta, su esposa)

**Mirta:** según la psicóloga no hizo el duelo.

**Omar:** y es posible todavía no lo haya hecho. (Diálogo entre Omar y Mirta con sus dos hijos, sobre el despido de Omar en 1994)

### **Organización familiar y la omnicrisis: “eso es mío”: “no, mío”.**

Otro aspecto fundamental para pensar en los cambios que sufrieron las familias del barrio a partir de la privatización, se concentra en la significancia central que tenía el trabajo del padre en la organización familiar. De hecho, el modo de desarrollo familiar se caracterizaba por hacer girar y organizar los roles, las actividades y las relaciones entre los integrantes del grupo familiar en torno del trabajo del padre.

En este sentido, podemos caracterizar brevemente una estructura familiar que denominaremos *tradicional* en el barrio Somisa: el padre como sostén económico de la casa; estricta división sexual del trabajo; estricta relación generacional entre padres e hijos; el varón como autoridad máxima; la mujer sujeta al ámbito de lo privado, y en los casos que también trabajaba, como responsable de las tareas de la casa al mismo tiempo; la mujer como responsable mayoritaria en el trato con los hijos. De igual modo vale la pena aclarar que si bien se comprueba esta estructura familiar como mayoritaria, tampoco se excluyen otros modos de organización.

Ahora bien, es imprescindible tener en cuenta que la familia es una producción histórico-social, es decir, este tipo de estructura familiar está sustentada sobre un conjunto de significaciones sociales imaginarias. Los cuestionamientos surgirán cuando este imaginario social que sirvió de patrón de conducta de los sujetos a lo largo del período estatal de Somisa se vea confrontado por un abrupto cambio social y económico y cultural. ¿Hay una correlación entre los cambios económico-sociales y las significaciones sociales imaginarias que guiaban a los sujetos? No necesariamente. Para observarlo en un ejemplo concreto, un trabajador que perdió su empleo no necesariamente aceptará dejar de ser el sostén económico de la casa, ni soportar

que su mujer o sus hijos salgan a trabajar, o asumir las tareas domésticas. A continuación presentamos una serie de testimonios:

“(…) nos habían formado...en mi familia donde mi papá era el aporte principal de la familia (...) mami se había dedicado, ella tenía su estudio, pero se había dedicado a la casa para nosotros. O sea, el ejemplo era claro, el papá traía, el papá abastecedor” (...) “invertirse totalmente el rol y yo pasar a ser el sustento y traer y mantener a los chicos en Rosario (se refiere a los estudios). Y Dios mío, Dios mío, eso es una cosa terrible, terrible, no es fácil de asimilar. Que te sentís el peso” (Mónica, docente, su marido fue despedido en 1991)

(sobre los nuevos roles domésticos) “cuando no estaba mi vieja, cocinaba mi viejo (...) se ajustó en ese sentido. (...) y por ahí visto desde abajo yo también creo que para mi hermano debe ser raro ver a mi viejo pasando la encerradora” (Germán, estudiante, su padre fue despedido en 1991)

(sobre el pago de impuesto por la esposa) “Es decir, yo tengo la seguridad que ella lo va a pagar. Sí. Pero no quiero que ella lo pague, me entendés, eso es mío”. (Alberto, ingeniero, despedido en 1991)

A partir de los testimonios, podemos comprobar la intensidad y fuerza que tienen determinadas significaciones sociales imaginarias, que derivan en serias dificultades para atravesar la nueva realidad que se inicia desde el despido del padre de la fábrica. A partir de estas contradicciones entre un imaginario social dominante que

guió la vida de los sujetos a lo largo de sus vidas y los cambios socioeconómicos que se produjeron, es que aparecen, ante la necesidad de reafirmar determinados roles, episodios de violencia física, simbólica, divorcios, desprecio de hijos a padres, cuestionamientos cruzados, mayor rigidez y ampliación del patriarcado, sometimiento de padres para con sus hijos. En consecuencia, es comprensible que la institución familiar se caracterice por atravesar una recurrente situación de omnicrisis.

### **Siderar y sus formas de trabajo.**

Para las personas que mantuvieron sus fuentes de trabajo, la llegada del grupo Techint a la fábrica significó un cambio radical en el desarrollo de sus actividades cotidianas. El testimonio de los entrevistados al respecto nos muestra un panorama de la nueva cultura de trabajo:

“Ellos te piden hasta acá, y vos llegás hasta ahí, y te piden más. Siempre estás en falta. Nunca, nunca llegás a satisfacer todo lo que te piden. Por supuesto que ellos te piden más y más y más y más”. (Ricardo, técnico, despedido en 2001)

“Mayor carga de trabajo, sí, mayor carga horaria y mayor...más cantidad de trabajo por hora. (...) no tenés horario, no tenés horario. (...) y podés llegar...estar llegando a tu casa a las 6, como una cosa que decís hoy me tomo la gran vida. Y de ahí para arriba lo que sea necesario. (...) Y la celeridad con la que se necesi-

tan las cosas, y la evolución de los cambios. (...) eso sería de que hoy la cosa está de determinada manera y mañana puede estar patas para arriba o dada vuelta completamente distinta. O sea, que nada permanece durante mucho tiempo en un determinado estado, sino que la evolución es constante, las idas y venidas de personal, los traslados, las asignaciones de tareas. (...) por ejemplo nosotros empezamos agarrando (*área de proveedores*) lo que era Planta Savio (Somisa), nada más. Después empezamos a hacer ingeniería de compras para Florencio Varela, para Haedo, para Canning, para Ensenada. Nos fueron agregando cada una de las Plantas y siempre con el mismo personal. Y cómo es, ahora se nos agrega Siderca. (...) y permaneció prácticamente el mismo sueldo. Más x menos: caritas.” (Cristina, ingeniera, aún en actividad)

“El objetivo de la empresa es tener ganancias, y bueno hay que manejarse con los costos, con la seguridad, con un montón de elementos que son...le llaman platitos. Tenés que tener un montón de platitos en movimiento y no dejar que ninguno se caiga. O sea, tenés que atender todos los platitos, entonces todos los temas. Eso son terminologías que nos metieron en la cabeza. (...) todos los años tenés que estar rindiendo examen, como quien dice, y todos los años tenés que ir mejorando. Es una constante eso. (...)” (Julio, técnico, despedido en 2001)

“Los tipos especulan con el miedo a perder el trabajo, o sea que a vos te dicen ‘bueno lo echamos a fulano’, porque saben que alguien va a hacer el trabajo de fulano, viste. O hacé tal cosa y vos aunque no lo ten-

gas que hacer lo hacés por siempre ese temor a perder el trabajo.” (Eduardo, ingeniero, aún en funciones)

De los testimonios volcados por los trabajadores, podemos destacar algunas líneas de análisis sobre las nuevas modalidades de trabajo. Bajo las nuevas formas impuestas por el grupo Techint, se comprueba que los trabajadores no logran poner fin a sus responsabilidades laborales. Esto no sólo por el impresionante aumento de las horas y cargas diarias de trabajo, sino que también, como parte de un mismo proceso, de un nivel de autoexigencia notable. Vale aclarar que cuando se hace hincapié en la imposibilidad de poner fin a las responsabilidades laborales, junto con el aumento de la autoexigencia, se está pensando este proceso tanto en la fábrica como en el resto de la vida cotidiana. Este es el gran cambio surgido a partir del pasaje de una sociedad disciplinaria a una de control. El control no encuentra límites espaciales.

Debe quedar en claro que el *temor* es la gran línea transversal que produce este constante e ilimitado autodisciplinamiento. Por tanto, no resulta sorprendente que varias personas entrevistadas comentaran su costumbre de espontáneamente “darse una vuelta por la fábrica” los días domingo. El sistemático clima de inestabilidad e inseguridad impuesto por Siderar en la fábrica, complementado con un nivel impresionante de de-

socupación en la sociedad, derivan en terribles niveles de autoexigencia para los trabajadores. Como consecuencia de esta situación aparece para el sujeto una única posibilidad de carácter binaria, que lo captura e inmoviliza: *“trabajo actual o abismo”*.

Para ejemplificar estas situaciones, un empleado retirado recientemente de la fábrica, relata con claridad las etapas que derivan en el autocontrol: *“(desde la llegada de Techint) Era un período de acostumbramiento y concientizarse cada uno de que tenía que estar hasta las 5 o las 6 de la tarde. Claro, te van creando el clima de manera tal que después cuando vos te vas no a las 5 o 6 de la tarde, te vas a las 4, y te sentís un delincuente.”*

De estas impresiones surge con nitidez de qué manera después de las iniciales exigencias impuestas por Siderar, ya el trabajador comenzó a interiorizar las nuevas reglas, derivando en un autocontrol infalible. Es importante pensar en el constante recrudescimiento de estas exigencias, dado que hoy para cualquier empleado de Siderar resulta normal llegar a las 8 ó 9 de la noche a su casa.

Estos profundos cambios laborales provocan severas modificaciones subjetivas para los trabajadores, aquellos mismos que habían transitados sus días en la fábrica bajo un clima de seguridad/estabilidad. *“Vos sabías que hoy, mañana, pasado, vos llegabas a tu*

*casa y estabas tranquila de que no te iba a pasar nada. Y disfrutabas de lo que tenías que disfrutar. (...) Pasar de una estabilidad completa a un estado de ansiedad permanente.”*, comenta con precisión Cristina, actual empleada de Siderar.

La *ansiedad* es un elemento esencial de las nuevas producciones subjetivas, producto de una formación y un control permanente, junto con un clima de inseguridad e inestabilidad siempre presente.

Un aspecto interesante para el análisis es poder emparentar esta imposibilidad de poner fin a las preocupaciones y a las actividades laborales, tanto para aquellos que mantuvieron el empleo en la fábrica, como para aquellos que ante la salida efectuaron emprendimientos laborales propios. Resulta complejo poder pensar en una persona que pueda cerrar la cortina metálica de su pequeña empresa o comercio y consiga relajarse con facilidad, disfrutar de su esposa e hijos, sabiendo la posibilidad latente de que, por ejemplo, caiga la bolsa o haya una crisis económica en un país del mundo que provoque un cataclismo económico general. Lo mismo para un trabajador de Siderar, que cierra la puerta de la oficina y cuando llega a la casa no sabe si al otro día, ante una crisis económica del grupo Techint pueda recibir la noticia del despido.

En este sentido, también pode-



mos emparentar en algún punto las dificultades subjetivas que se producen tanto para los desocupados como para aquellos que trabajan aún en la fábrica. Debido a que los primeros experimentan una inestabilidad crónica ante una desafiliación social cotidiana, y los segundos, deben pagar con un alto costo subjetivo para mantener su precaria estabilidad laboral. Es decir, para ambos grupos aparece como moneda corriente el vacío, la suspensión del tiempo, la insignificancia y la angustia<sup>7</sup>.

Por supuesto, este alto costo subjetivo que sufren ambos grupos tienen como correlato su inscripción en el cuerpo de los trabajadores, con sus fatales consecuencias al día. Son innumerables los problemas físicos (úlceras, presión alta, desmayos, parálisis faciales, infartos, derrames cerebrales) que surgieron en las personas desde la llegada de Siderar a la fábrica, así como los numerosos casos de muerte.

Rosario, 26 de septiembre 2002

<sup>7</sup> Belgich, Horacio. "El sujeto cultural y la lógica de la recesión." *Sudestada*. Rosario, Año 1, Nº 1, otoño '99.



General Manuel Savio